

mismo herido, los dejó vencidos y escarmentados y prosiguió su descubrimiento. Vengada la muerte de aquel primer descubridor de Yucatan, volvieron á bordo los nuestros, y navegaron de comun acuerdo la vuelta del Poniente, sin apartarse de la tierra más de lo necesario para no peligrar en ella, y fueron descubriendo, en una costa muy dilatada y al parecer deliciosa, poblaciones con edificios de piedra que hicieron novedad, y á muchos parecían ciudades: cuanto más se caminaba registrando la costa, más parecía cultivada y poblada; y porque un soldado dijo entónces que aquella tierra era semejante á la de España y parecía una nueva España, estas palabras, dichas al acaso, agradaron tanto á los oyentes y quedó esta comparación tan grabada en la memoria de todos, que este fué el principio de haber quedado á aquellas vastas regiones el nombre de Nueva-España. Como Grijalva deseaba encontrar un río á cuyas orillas pudiese hacer mansion para reconocer mejor el país, siguiendo la costa nuestros navios, encontró uno, que es el río de Tabasco, el cual derrama sus aguas, dividido en dos embocaduras, en el mar que despues se llamó Golfo ó Seno Mexicano. Llamóse desde aquel descubrimiento el Río de Grijalva, pero dejó su nombre á la provincia que baña su corriente, situada en en el principio de Nueva-España, entre Yucatan

y Guazacualco. Descubriáanse por aquella parte grandes arboledas y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable resolvió Juan de Grijalva entrar por el río, penetrando por una de las dos embocaduras que fuese más navegable, á reconocer la tierra. Ya iban venciendo el impulso de la corriente, cuando vieron á poca distancia considerable número de canoas llenas de indios armados y en ademan de disputarles la entrada á su tierra. Sus gritos y amenazas no espantaron á los nuestros, quienes avanzaron hasta ponerse en disposicion de desbaratarlos. Tenia mandado el general Grijalva que ninguno de los suyos disparase ni hiciese demostracion alguna que no fuese pacífica: los indios, por su parte, admirados de ver la figura y trajes de los nuestros, el buen orden que guardaban, sin embargo de venir en tan pequeño número, la forma de sus armas y de sus navios, todo tan extraño para ellos, que suspendieron todo su furor y quedaron inmóviles: el silencio reemplazó á la terrible gritería que poco ántes atronaba los campos y orillas de la mar. Aprovechóse de esta feliz oportunidad el general Grijalva para saltar á tierra: siguióle parte de su gente; púsola en escuadron; enarbolóse el estandarte real, y con la solemnidad ordinaria celebró el acto de posesion, y trató por

medio de sus dos intérpretes Julian y Melchor, que eran dos neófitos de Yucatan que Hernández de Córdoba había llevado á Cuba y cuya lengua era la misma que la que se hablaba en la mayor parte de la Nueva-España, trató, digo, de enviar estas dos lenguas para que supiesen aquellos indios que venia de paz y sin ánimo de ofenderlos. En esta seguridad se acercaron treinta indios de los principales, aunque con cierto recelo; pero el modo con que fueron recibidos de Grijalva pareció asegurarles de sus temores, pues éste, despues de haberles obsequiado en prueba de la buena amistad que queria establecer con ellos, les dijo (por medio de sus intérpretes) que él era teniente de un gran Rey á quien infinitos pueblos obedecian, y les aseguró que les iria muy bien y no se arrepentirian de tributar homenaje á un Principe que hacia consistir su gloria en hacer felices á los pueblos que se sujetaban á su dominio. Conoció, en el modo con que recibieron los indios esta proposicion, que no eran tan bárbaros y salvajes, y que se habia engañado mucho en creer que habia de conseguir de ellos cuanto quisiera, pues apenas hubo acabado de proponerles la obediencia á otro Rey que al suyo, respondieron: que señor tenian; y empezando los indios á alterarse, uno de los más principales sosegó su furor, é imponiéndoles silencio habló al general

en estos términos: « La paz que nos ofreces es  
« una verdadera declaracion de guerra, porque  
« ¿cuándo se ha visto que la primera condicion  
« de una paz sea exigir tal sumision, como la que  
« pretendes, hallándonos con las armas en la  
« mano? Antes de proponernos el que reconoc-  
« camos á tu Principe por nuestro amo y señor,  
« debias haberte informado si estábamos dis-  
« tados con el nuestro: no obstante, como no  
« puedo darte una respuesta decisiva á lo que  
« nos propones, voy á dar cuenta al Cacique á  
« quien obedecemos, y volveré á darte parte de  
« lo que resuelva. » Luego que concluyó su razo-  
namiento el indio, se retiró, dejando á los nues-  
tros algo pensativos con la consideracion que les  
asaltó de que tenian que habérselas con una gen-  
te que para enemiga no era despreciable. No du-  
ró mucho esta inquietud, porque presto volvió el  
indio, seguido de numerosa comitiva, y ofreció  
al general y á los nuestros todo género de pro-  
visiones de boca en abundancia y algunos pre-  
sentes de diversas alhajas de más artificio que  
valor y varios plumajes de diversos colores, y les  
dijo: « Ved las prendas de la paz que admitimos:  
« nuestros Caciques no temen la guerra, y lo que  
« les ha acontecido á los de Potonchan no les ha  
« acobardado; pero juzgan que se deben preferir  
« los bienes de la paz á la más feliz guerra. » Y

acabó asegurándoles que al otro día iría su señor á visitarlos. Efectivamente, el día siguiente fué el Cacique de Tabasco con muy poco acompañamiento y sin armas, y con aire de príncipe visitó á Juan de Grijalva, quien le recibió con mucha honra y cortesía. Antes de hablar el Cacique, hizo sacar de una petaquita varios regalos de distintas joyas de oro que presentó al general, agregando algunos plumajes que tenían estos indios en mucha estimación, ropas sutiles de algodón y varias figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó formadas de madera primorosamente, con engastes y láminas de oro sobrepuestas, y díjole: « Gusto y amo la paz, « y es para conservarla entre vosotros y mis vasallos que yo te ruego aceptes este presente, y « te alejes de nuestras tierras para que no haya « discordias entre nosotros y tus soldados. » El general le respondió, « que nunca habia tenido « el intento de inquietarle, sino de solicitar su « amistad y despues retirarse, » y correspondió á sus regalos con algunas bujeras de Castilla, que siendo de cortísimo valor llevaban el precio de la novedad, y muy contento del buen término que tuvo con aquellos naturales y de dejar amigos á las espaldas, por cualquiera accidente que se ofreciese, se despidió y se volvió á embarcar.

Prosiguió su viaje Grijalva, descubriendo nue-

vas tierras sin suceso memorable, hasta que llegó al Rio de Banderas, llamado así porque se vieron en sus orillas muchos indios que en grandes lanzas tenían puestas unas mantas blancas á manera de banderas, con que parecia convidaban á los castellanos á saltar en tierra. Desembarcó allí, y fué recibido por los indios con agasajo; y despues de haber rescatado cosa de quince mil pesos en oro, en seis días que se detuvo con su gente en aquella costa (á trueque de sartas de vidrio, peines, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquimia), se volvió á embarcar, temiendo los nortes: saltó en tierra en la Isla de Sacrificios, llamada así porque se encontraron en ella, en algunos edificios de cal y canto, que eran templos de idolos, cinco hombres que estaban abiertos por el pecho y cortados los brazos y los muslos, y las paredes estaban llenas de sangre.

Se detuvo poco en esta isla, por no rendir considerable fruto los rescates y porque este horrendo espectáculo dejó espantada á nuestra gente, y así pasaron á otra, poco distante de la costa, á la cual llamaron la Isla de San Juan, por haber llegado el día del Bautista y por tener su nombre el general; y un indio, que les señalaba con la mano la tierra firme, parecia dar á entender que los naturales la llamaban Culúa, lo que dió origen á que los españoles la llamasen

San Juan de Ulúa: isla pequeña, de más arena que terreno, y hoy anegada casi toda por el mar; pero de estos pequeños principios pasó despues á ser el puerto principal y único de Nueva España en todo lo que mira al mar del Norte.

Bien hubiera querido el general Grijalva tomar posesion de aquellos ricos países, pasando más allá de lo que era una mera fórmula, pues consideraba la proporcion que habia de fundar alguna poblacion, y este era el sentir unánime de los que le acompañaban, y aun llegaron á persuadirse que se podian interpretar las intenciones de Velázquez; pero pudo más la obediencia, y embarazado con la limitada instruccion que tenia y se reducía solo á descubrir tierras, trató de dar cuenta á Diego Velázquez de las grandes tierras que habia descubierto, esperando que le enviaria nuevas órdenes y más conformes á su deseo.

Despachó con esta noticia al capitán Pedro de Alvarado, en uno de los cuatro navíos, entregándole todo el oro y las demás alhajas que se habian adquirido, para apoyar mejor la pretension que tenia de poblar, y mover mejor el ánimo del Gobernador Velázquez á que resolviese que se poblasen y le socorriese con todo lo necesario para este fin. Velázquez, que por su lado estaba con mucho cuidado de la armada, en-

vió un navío, al mando de Cristóbal de Olid, para saber su paradero; pero un recio temporal que se levantó y maltrató mucho este navío sobre las costas de Yucatan, obligó á Olid á retirarse á Santiago de Cuba, de donde habia salido, y al mismo tiempo llegó Pedro de Alvarado á ese mismo puerto. Velázquez se consoló luego del viaje inútil del uno con las buenas noticias que le trajo el otro, de las riquezas de aquellas regiones que se comenzaban á llamar Nueva España. Es verdad que cuando supo Velázquez que ni una fortaleza se habia fabricado en tanta extension de terreno, se encolerizó mucho contra Grijalva: nada más irracional; pero, segun dice el Obispo de Chiapa, quien le trató con mucha intimidad y ha dicho mucho bien de este Gobernador, era hombre de terrible condicion, y no solamente se indignaba por cualquiera cosa contra los que le servian bien, sino que tenia el gran defecto de creer fácilmente todo el mal que le decian de otros. Y como Pedro de Alvarado, en un consejo que habia formado Grijalva para deliberar sobre si se habia de construir ó no una fortaleza en la Nueva España, habia opinado por la afirmativa, es creible que, en la relacion que le dió de lo que habia pasado en él, hablase poco ventajosamente de su general, como parece insinuarlo así Herrera, bien que Solís dice cla-

ramente que Alvarado pretendió volver por su general y dar excusas, pero muy friamente, como así lo practican los que quieren hacer valer una opinion que han abrazado contraria á otros. Lo cierto es que, despues de haber echado mucho contra Grijalva, cuyo delito, en sustancia, consistia en haberle obedecido, tomó al instante la resolucion de disponer otra armada ántes que llegase, y nombrar otro capitan; pero este ímpetu colérico le costó caro despues á Velázquez, y se hubiera ahorrado muchas pesadumbres si hubiera hecho á su paisano toda la justicia que merecia por la ciega obediencia con que habia ejecutado sus órdenes.

Miéntras se discurria tan injustamente contra la conducta de Grijalva, y se formaba su proceso en Santiago de Cuba, Grijalva seguia sus descubrimientos por el Golfo ó Seno Mexicano. Partió, pues, el general con sus navíos de allí á pocos dias que se habian hecho á la vela Pedro de Alvarado en seguimiento de su derrota costeando hácia el Norte, llevando á la vista las dos sierras de Tuxtla y de Tuxpa, que corren largo trecho entre el mar y la provincia de Tlaxcala, y al cabo entraron en la boca del rio Pánuco; y como fueron atacados los nuestros por una flota de canoas llenas de indios, los que fueron desbaratados con muerte de muchísimos de estos bárbaros, se llamó entón-

ces el Rio de las Canoas. Despues de reconocida la costa, aunque algunos persuadian á Grijalva que bueno seria formar algun establecimiento ántes de apartarse de la empresa, y parecia ceder en alguna manera á esta última tentativa de sus capitanes, considerando la dificultad de pasar adelante, y la incertidumbre de la vuelta, así por venir una nave maltratada y haber falta de bastimentos, resolvió tomar la vuelta de Cuba. Supo Grijalva cuando arribó al Puerto de Matanzas, que Velázquez hacia grandes preparativos para nueva expedicion, y como ignoraba todavia en qué disposicion encontraria al gobernador en lo que le tocaba, se lisonjeaba aún, que no fiaria á ningun otro gefe mas que á él el mando de su armamento: pero halló Grijalva á su llegada al Puerto de Santiago de Cuba, que fué á quince de Noviembre de este año mil quinientos diez y ocho, que su paisano el gobernador estaba muy irritado contra él porque no se detuvo á poblar en las tierras que descubrió; y en lugar de demostraciones de cariño y agradecimiento que se esperaba, no obstante que le puso delante de los ojos su misma instruccion en que le ordenaba lo contrario, lo reprendió con aspereza y publicidad el gobernador, que no entendia de razones, y cuando debiera mostrarsele agradecido, aun reconociendo la orden que le habia dado, castigaba, dice un historiador,

su fiel cumplimiento como lo hubiera debido hacer en el caso de la mayor desobediencia. Envió Velazquez á la Española á Juan Saucedo á pedir licencia á los padres gerónimos con algunas muestras de los ricos rescates que habian hecho en aquellas tierras descubiertas, y por las grandes utilidades que esperaba sacar de estos descubrimientos, habiendo formado su plan sobre las memorias de Grijalva, trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion á la empresa, y de buscar cabo de mucho corazon y de grandes circunstancias que la gobernase. La gente se inclinaba á Grijalva, y esta voz pública pudiera haberle hecho mudar de pensamiento si fuera otro, pero estaba prevenido su ánimo en contra, y se presentaron varios pretendientes. En fin, Amador de Laris, contador del Rey, y Andres de Duero su secretario, que eran de toda su confianza, y conocian su condicion, se aprovecharon de esta irresolucion para proponerle su amigo comun, y hacer que recayese esta eleccion en un hombre ménos á propósito que ninguno para las ideas de Velazquez, que eran muy singulares y sumamente difíciles de llenar. Este gobernador queria un caudillo que tuviese todas las prendas de un conquistador, pero que no fuese ambicioso y tan moderado,

que no tuviese otra mira que la gloria ajena; y en tanto que su pasion no le dejaba echar mano de Grijalva, que era el único capaz de ejecutar lo que pretendia, le hicieron escoger un hombre que no se habia de acomodar á guardar subordinacion hallándose á la cabeza de una expedicion importante. Valióse pues para gefe de su empresa, del célebre Hernan Cortés, de quien, y tal vez de ningun otro conquistador del Nuevo Mundo se ha dicho tanto bien y tanto mal, que con tanta gloria como verémos, descubrió y conquistó casi toda la Nueva España, con la gran ciudad de México su capital, dando la última mano á los principios de ella, que descubrió Juan de Grijalva.